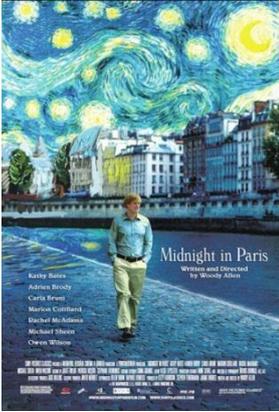


MIDNIGHT IN PARIS.



Puede que a priori parezca algo extraño incluir esta película dentro de la Ciencia Ficción, pero al fin y al cabo se trata de un viaje en el tiempo. Tal vez lo que en primer lugar nos choque es el método que el protagonista utiliza ya que no se trata de una máquina, como por ejemplo en TIMELINE (2003), o de un proceso mental en el que se ahonde más como sucede en EL EFECTO MARIPOSA (2004). El acontecimiento viene señalado por un toque de campanas indicando la medianoche y un antiguo automóvil, algo más propio de un cuento que de una historia SCIFI. Pero ahí hemos llegado, nuestro protagonista



Owen Wilson viaja a otra época. No es esta la primera incursión de **Woody Allen** en este género, recordemos su comedia EL DORMILÓN (1973). Lo que

diferencia este film es la “casi” absoluta referencia al factor tecnológico. El protagonista de la cinta está motivado por dudas existencialistas, por un sentimiento que es reconocible por muchos amantes del género Scifi: soñar con otra época, sí una futura, a diferencia de la historia que nos ha traído a este punto. Lo que nos lleva al primer dilema.

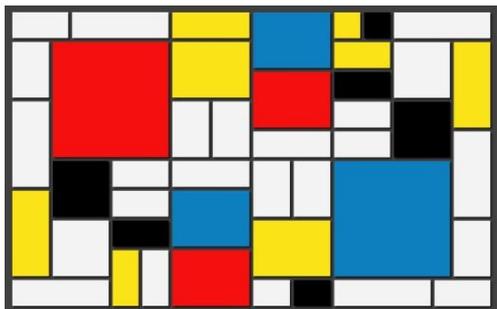
¿Es el aficionado a la ciencia ficción un ser que va un paso por delante del protagonista? Esta historia tiene moraleja, la describe nada más empezar uno de los personajes como “...y el nombre de esa falacia es el complejo de la Edad del Oro. Se trata de la idea errónea de que un periodo de tiempo distinto es mejor que el que vivimos.” Algo nada diferente de lo que acontece en la anteriormente mencionada TIMELINE en la que los protagonistas son arqueólogos e historiadores apasionados de la época a la que viajan. El personaje de **Owen Wilson** no se cuestiona cómo es posible, no busca explicaciones científicas a lo acontecido, tan sólo disfruta de ello y como si de un parque temático se tratase interactúa con todas aquellas figuras a las que admira. Pero terminará volviendo a su realidad, a aceptar la época que le ha tocado vivir, curiosamente mediante elementos científicos como la existencia de los antibióticos. No es la corriente de pensamiento, ni la música, sino su adaptación a la tecnología en la que vive, a las comodidades y seguridades que conlleva.

Si aceptamos el mensaje final del film, ese que habla de que no debemos vivir en el pasado o intentar negar la época en la que vivimos nos daremos de bruces con una paradoja: los artistas representados en la cinta no sólo son brillantes, sino que respecto a su época supusieron un referente artístico hacia el futuro de las artes. Picasso, Dalí, Ernest Hemingway, Buñuel, Jean Cocteau (aunque con este último tengo mis serias reservas al respecto por su abuso de la mitología clásica) son recordados como referentes de nuevas tendencias. No, que nadie espere ver a un H.G.Wells, un George Orwell o un Arthur Charles Clarke, están vetados dentro de esta galería de artistas. Pertenecen a esa rara especie que representa la antítesis de ese “Complejo de la Edad de Oro”. Y tal vez sea precisamente el ignorar a estos autores lo que conduce al, la mayoría de las veces, brillante **Woody Allen** a caer en su propia trampa: La base de su historia, tanto en el discurso como en el desenlace está basado en la genialidad del pasado, donde el protagonista termina encontrando sus respuestas. Más aun cuando esos mágicos momentos sitúan su referente personal en el futuro de ellos. Porque a pesar de tratarse de leves, casi presentes cálculos, sus suposiciones sobre que su vida habrá de desarrollarse en la época en la que vive (2010) no son sino pequeños salto Scifi.

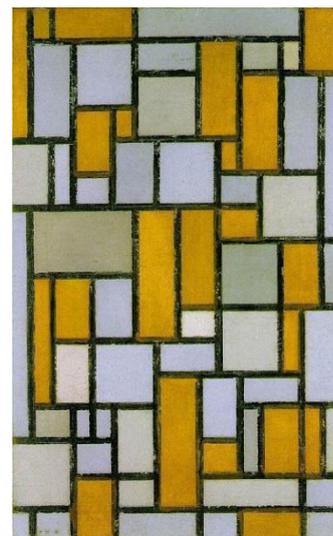
¿Y qué pasa con el futuro? Pues nada. Cuando el personaje de **Marion Cotillard** (sin palabras) se entera de que su misterioso acompañante pertenece al siglo XXI ni se plantea siquiera preguntarle cómo es esa época. Tan sólo el

personaje de la editora, la absoluta **Kathy Bates**, hace una referencia a la Ciencia Ficción en referencia a al manuscrito del protagonista, y lo hace me temo, que tan sólo para recalcar aún más que se encuentra en el pasado.

Llegados a este punto alguien se puede preguntar si lo señalado no recalca que tal vez estemos ante una historia de tintes fantásticos y no de una obra de Ciencia Ficción. Sí y no. Estamos ante una obra que como tantas da continuos rodeos con el fin de evitar caer en esta, para muchos, ignominiosa clasificación. Pongamos por ejemplo la confesión que el protagonista hace a Buñuel, Dalí y Man Ray sobre que ha venido desde el futuro despasándose mediante un coche y centrándose inmediatamente en el dilema amoroso que le tortura. Busca respuestas en la experiencia del pasado para un problema “insuperable” de su presente. Pero sí existe la Ciencia Ficción pura y dura dentro de la historia. Y es así por la poderosa fuerza creativa y evocadora de la “negación” más absoluta. Como en esas obras de

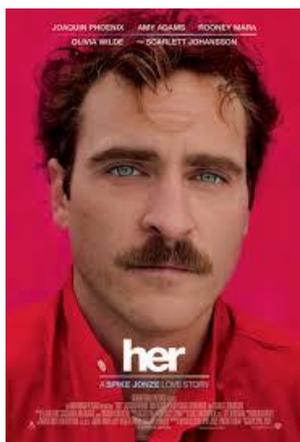


Piet Mondrian en las que no podemos inicialmente evitar buscar o preguntarnos por el arco o el círculo precisamente por su absoluta ausencia. De igual forma para el amante de la Ciencia Ficción esta negación del género no es sino una llamada a reflexionar sobre el mismo con más interés incluso que la historia principal. Porque tengo



una mala noticia para el señor **Woody Allen**. Esa conclusión a la que llega el protagonista, esa que le dice que no será feliz si se casa con su prometida puede que esté alimentada en cierto grado en su experiencia en el pasado pero la realidad es que finalmente se basa en un simple ejercicio de suposición, de esfuerzo imaginativo de un futuro con ella que aún no ha llegado. Un ejercicio de Ciencia Ficción que todos hacemos en nuestra vida cuando intentamos ver con claridad qué nos conviene más para nuestro futuro. Realizamos una hipótesis sobre esa persona, un balance imaginario de situaciones que pueden darse o no en un futuro compartido, decidimos en base a hipótesis a corto o medio plazo. Muchos se sentirán identificados cuando se les venga a la memoria una decisión que tomaron en el pasado y cuyo desenlace haya sido finalmente uno imprevisto: como haber roto una relación hace dos décadas y

estar felizmente emparejado gracias a un sistema como “Facebook” o “whatsapp” que ni imaginábamos que existiría. Rompiéndose así todas nuestras previsiones sobre cómo conoceríamos a nuestra media naranja. Sí. La Ciencia Ficción es algo más que naves espaciales. De hecho la tecnología no es sino el atrezo de las historias que se proyectan hacia un futuro que nunca llegará. Tómese como ejemplo la estupenda **“HER”(2013)** en la que se habla de la soledad, de la búsqueda del amor en un futuro muy cercano tan influido por la tecnología de los celulares.



MIDNIGHT IN PARIS. Nos habla de la Ciencia Ficción, parafraseando al protagonista: “Se llama *negación*” y uno termina por preguntarse: ¿Qué es la Ciencia Ficción? ¿La antagonista de la nostalgia? Tal vez la respuesta esté en el pasado, o tal vez nunca esté completa sin un análisis o hipótesis sobre nuestro futuro. Me reafirmo en la máxima de

la Scifi que dice: “Ama la historia, vive el presente y sueña con el futuro.” Como una respuesta más completa a todo lo descrito en el film.

Por supuesto que los humanos como sociedad seguiremos cayendo en los mismos autoritarismos y errores. No es nada nuevo, de hecho actualmente seguimos respondiendo a los patrones **izquierda/derecha** dentro de la política y los casos en los que surgen alternativas resultan no ser más que refritos de ideas desfasadas tanto de un extremo como el otro. EL DORMILÓN es en su pobre discurso de Ciencia Ficción otro mensaje que describe el panorama tradicional del género apenas roto por obras como “1984” (**George Orwell**) que nos advierte de un futuro previsible si el ser humano sigue hacia adelante inmerso en sus propias miserias sin mirar en busca de una solución hacia el futuro. Incluso esta magnífica obra de Ciencia Ficción nos habla de cómo caeríamos en métodos autoritarios del pasado y adolece de una visión más enfocada al futuro. Cómo la solución alcanzada por el personaje de **Owen Wilson** (MIDNIGHT IN PARIS) que ya señalamos como un ejercicio de hipótesis futurista.

Conclusiones:

Las dos películas de **Woody Allen** que podríamos considerar, aunque en líneas generales, Ciencia Ficción, son un gran exponente de la importancia de este género por lo fallido de su uso.

Volvemos a hablar de **Umberto Eco** en “Apocalípticos e integrados” haciendo una referencia a las diferencias respecto a la cultura de masas entre el ser INTEGRADO y el APOCALÍPTICO resumidas muy escuetamente en estos puntos:

Según los integrados la cultura de masas:

- No puede ser reducida a un fenómeno capitalista ya que también encarna expresiones populares
- Permite el acceso a la cultura a categorías sociales antes excluidas
- Puede servir como agente de formación a pesar de la abundancia de información.
- Satisface las necesidades de entretenimiento
- Permite la difusión a bajo coste de obras culturales
- Sensibilizan a las audiencias en relación al mundo, abriendo nuevos escenarios.

Según los apocalípticos la cultura de masas:

- Mata la originalidad creando un gusto medio
- Genera homologación
- Manipula a sus públicos de forma inconsciente
- Provoca emociones pre construidas
- Está dominada por las leyes del mercado
- Promueve un pensamiento superficial hecho de slogans publicitarios
- Promueve la información en detrimento de la historia
- Es chismosa
- Defiende una visión acrítica y pasiva del mundo
- Crea mitos y estereotipos
- Es paternalista
- Degrada la Cultura y el Arte

Y menciono estos puntos sacados de un resumen, demasiado escueto para usarlo como única guía, para ilustrar el cómo estas dos formas de entender nuestro progreso divide el discurso de la Ciencia Ficción. Obviando en la medida de lo posible las citas por aquello de que “*Las citas no son sino descontextualizaciones maliciosas*”.



Títulos como estos que podríamos englobar dentro de esta definición de Integrados, en las que el componente tecnológico se desliga bastante del moral quedando como más como una escenografía y una fuente de posibilidades argumentales. Y en las que incluiríamos las dos películas de **Woody Allen** no sin provocar ciertas discrepancias por el aparente carácter apocalíptico de su mensaje. Formalmente la incluyo por la atemporalidad de los planteamientos respecto a la tecnología y la noción de futuro (Si se tiene la oportunidad de leer el libro de Umberto Eco se entenderá la delgada línea que separan estas dos grandes clasificaciones.)



O títulos como estos otros que declararíamos como pertenecientes al grupo de Apocalípticos por la estrecha relación entre tecnología y humanidad. Tanto que no se puede desligar la una de la otra sin perder el sentido de la obra.

Cierro esta serie de artículos para animar a reflexionar sobre lo que consideramos Ciencia Ficción “pura y dura” y aquella que apenas pasa de considerarse así tan sólo formalmente. Y el hecho de que las respuestas no sólo se encuentran en nuestro pasado o legado, sino en las previsiones o estimaciones que hagamos de nuestro futuro. Dicho de otro modo, de la capacidad de no sólo saber de dónde venimos y dónde estamos, sino además hacia dónde nos dirigimos y lo que es aún más importante “en busca de qué”.

Si se ha animado a leer **Apocalípticos e integrados**, recomiendo encarecidamente leer tras este **“El miedo a la libertad”**(Erich Fromm) y visionar el documental **“La doctrina del shock”**(2009).